

sacramento del Bautismo que nos incorporó al Cuerpo de la Iglesia, que es el de Cristo, así como en el de la Confirmación, que nos capacitó más vivamente con los dones del Espíritu Santo.

Sin embargo, si bien es cierto que, en principio, la misión se entiende originalmente como la acción de la Iglesia que tiene como fin dar a conocer a Cristo como único Señor y Redentor de los hombres a quienes todavía no lo conocen, invitando a todos a adherirse a él, no debemos soslayar, por otro lado, que hoy por hoy existe, muy cercana a nosotros, una gran multitud de hermanos que, aunque están bautizados y tienen ya de alguna manera noticia de Cristo, son prácticamente ajenos a la propuesta del Evangelio; más aún, no faltan quienes siendo católicos, más por ignorancia que por franca oposición, se conducen como enemigos de la fe cristiana. Con estos hermanos nuestros convivimos a diario en todos los ambientes: familiar, laboral, cultural, político, etc. En todos estos ámbitos de la vida social encontramos gran diversidad de actitudes y posturas frente a los valores del Evangelio a los que se oponen, tal vez por las faltas de coherencia y testimonio de algunos de nosotros.

Por tanto, es entre ellos, en primer lugar, donde debemos sentirnos en deuda con el mandato de Jesús. Pero no olvidemos que la Palabra que Jesús nos manda a predicar tiene que ir respaldada ante todo por el testimonio, es decir, por toda la fuerza que conlleva la coherencia de vida, con todas sus exigencias ya hasta sus últimas consecuencias. Claramente lo dice Jesús: "serán mis testigos" (Hech 1,8; cfr. 1,22; 2,32; 22,20; Ap 1,9; 6,9; 12,11).

Sugiero, pues, nuevamente que, en las circunstancias actuales por las que atravesamos, tengamos mucha prudencia evitando la confrontación y las discusiones estériles que, en lugar de favorecer la aceptación libre y gozosa del Evangelio, la obstaculizan. Salgamos, más bien, al encuentro, a la construcción, en medio de la pluralidad de pensamiento y su riqueza.

Busquemos los puntos de acuerdo y dejemos de lado lo que, por el momento, se opone al diálogo fraterno y positivo que construye y tal vez favorece la apertura de mente y corazón para aceptar la oferta de salvación que nos trae la Buena Nueva. La Verdad se impone por sí misma, sólo hay que tener paciencia, respeto y un verdadero y profundo interés por servir a la extensión del Reino.

LA MISIÓN DE LA IGLESIA



NUMERO 128

25 DE SEPTIEMBRE DEL 2016



Kovovía

Kovovía

KOINONIA

COMUNIÓN | | SERVICIO | | PARTICIPACIÓN



Papa Francisco
Asamblea general de OMP
9 de mayo 2014



Franciscus
Vigilia JMJ Rio 2013



Mensaje del
Santo Padre Francisco
Para la Jornada Misionera
Mundial 2013

"¡Todo el mundo debería poder experimentar la alegría de ser amados por Dios, el gozo de la salvación!"



¡ESTAMOS EN LA WEB!

www.sanvicenteferrer.org.mx

 **Síguenos en Facebook**

[/sanvicenteferrerdf](https://www.facebook.com/sanvicenteferrerdf)

La Iglesia se identifica por su misión

Por: Pbro. José Luis Herrera Martínez

Los evangelios sinópticos nos presentan a Jesús iniciando su ministerio al servicio del Reino de Dios como cumplimiento de la misión que su Padre le encomendó: anunciar el proyecto misericordioso de Dios de salvar al hombre (Mt 4,17; Mc 1,14-15; Lc 4,14). Inmediatamente podemos seguir a Jesús escuchando sus palabras y viendo las obras con las que confirma la autoridad de su enseñanza.

Al término de su presencia visible, es decir, con la Ascensión, en el momento de su despedida, Jesús envía, a su vez, a los apóstoles a llevar a cabo lo mismo que él hizo, pero ahora por todo el mundo, comenzando por Jerusalén (Hech 1,8; Mt 28,19-20; Mc 16,15-18; Lc 24,46-48). Dese entonces, hasta el día de hoy, los discípulos de Jesús tenemos el encargo o misión de anunciar la buena noticia de que ese proyecto de Dios ha llegado a ser real y actual por la obra de salvación que él mismo realizó y realiza a través de la Iglesia que es como un 'sacramento de salvación' como la llama el Concilio Vaticano Segundo en su Constitución Dogmática, Lumen Gentium (LG), que trata precisamente sobre el misterio de la Iglesia (1.9.48; cfr. Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, Ad Gentes,2).

La Iglesia existe entonces, por voluntad de Dios, como nuevo pueblo que, teniendo a Cristo por Cabeza, tiene como fin último la dilatación del Reino de Dios. Así, "constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por Él como instrumento de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra" (LG 9).

Es esta realidad misteriosa de la Iglesia lo que debemos tener siempre presente, pues es lo que le da sentido a su existencia. La Iglesia tiene su más profundo sentido de ser y actuar en la

misión que desarrolla en la historia, hasta que ésta llegue a su fin. La Iglesia es, entonces por su propia naturaleza, misionera. Dicho todavía más enfáticamente, es misionera o no es Iglesia.

De esta manera podemos ver, entonces, que la Iglesia y su misión están plenamente insertados en el plan eterno y misericordioso de salvación del único y universal Padre de todos: "que todos los hombres se salven" (1Tm 2,4). A la luz de esta toma de conciencia, podemos estar seguros de que llevar a cabo permanentemente esta tarea de la misión es la primera obra de misericordia de la Iglesia, pues se identifica con el deseo hecho proyecto, realizado en Cristo y continuado en la historia por la ella: hacer que la humanidad entera llegue al conocimiento de la verdad y se salve.

Por eso el mandato misionero de Cristo es asumido por la Iglesia de todos los tiempos como su obligación primordial y a la vez como su gloria, de manea que siempre hace suyas las palabras del Apóstol: "¡Ay de mí si no evangelizara!" (1Co 9,19). Y, efectivamente, la Iglesia jamás se cansa de anunciar la Buena Nueva de Salvación pues, impulsada por el Espíritu Santo, pone "todos los medios para que se cumpla el plan de Dios, que puso a Cristo como principio de salvación para todo el mundo" (LG 17) .

Esta misión es llevada a cabo fielmente por la Iglesia de la manera más pacífica, generosa y amable, pues la fe se propone y no se impone. Esa es su constante forma de proceder, aunque debamos admitir que en algunos momentos de su historia haya sucumbido ante la tentación de actuar de manera contraria. Más aún, a lo largo de su historia, la comunidad de Cristo ha asumido con agrado todo lo bueno y noble que hay en la diversidad de pueblos que han aceptado el Evangelio, a la luz del cual, esos valores propios de las culturas se eleven y se perfeccionen para la gloria de Dios. De esta forma la Iglesia se enriquece y se capacita más para cumplir su misión. En esto consiste precisamente lo que san Juan Pablo Segundo empezó a llamar "inculturación del Evangelio" en la encíclica "Redemptoris misio"

Estas consideraciones nos ayudan, entonces, a caer en la cuenta de que la misión es su ser mismo, es la razón de su existencia, de manera que mientras mejor la cumple, es más coherente consigo mismo en la obediencia fiel y amorosa a su Señor. Es por eso, pues, que los que integramos esta comunidad de creyentes y discípulos de Cristo, lo somos también más auténticamente, en la medida que asumimos el compromiso de ser misioneros, vocación que se nos hizo en el

Directorio

Pbro. José Luis Herrera Martínez.

Pbro. José de Jesús Arriaga Martínez

Diác. Carlos Jiménez de la Cuesta Otero.

Mtro. Santiago García Villanueva.

Christian Espinosa Arana.

Ernestina Barrera Herrera

Mercedes Rosas Rosas

Andrés Hernández Quintanilla

Párroco.

Vicario

Diácono permanente.

Administrador.

Responsable de página web y boletín.

Secretaría

Secretaría

Sacristán

Koinonia es un boletín interno de la Parroquia de San Vicente Ferrer.